

repuso Don Quijote. *No sería eso, sino que tú debías de estar romadizado, ó te debiste de oler á ti mismo; porque yo sé bien á lo que huele aquella rosa entre espinas, aquel lirio del campo, aquel ámbar desleído. ¿Cómo podía saberlo no habiendo visto á Aldonza Lorenzo sino á tanta distancia, que ella ni una vez acaso advirtió que la miraba? — La Duquesa, en su particular coloquio con él, refiriéndose á la historia, ya publicada, púsole el reparo, que della se colige, si mal no me acuerdo, que nunca vuesa merced ha visto á la señora Dulcinea, y que esta tal señora no es en el mundo, sino que es dama fantástica; que vuesa merced la engendró y parió en su entendimiento, y la pintó con todas aquellas gracias y perfecciones que quiso. A lo cual respondió Don Quijote: En eso hay mucho que decir. Dios sabe si hay Dulcinea ó no en el mundo; ó si es fantástica ó no es fantástica; y éstas no son de las cosas cuya averiguación se ha de llevar hasta el cabo. Ni yo engendré ni parí á mi señora, puesto que la contemplo cómo conviene que sea: una dama que contenga en sí las partes que puedan hacerla famosa en todas las del mundo, cómo son: hermosa sin tacha, grave sin soberbia, amorosa con honestidad, agradecida por cortés, cortés por bien criada, y, finalmente, alta por linaje, á causa que sobre la buena sangre resplandece y campea la hermosura con más grados de perfección que en las hermosas humildemente nacidas.—El ser para el mismo Caballero tan incierta la existencia real de su dama no obstó á que, en otra ocasión, reprendiendo acerbamente á Sancho, le dijese: *Pues no lo penséis, bellaco descomulgado; que sin duda lo estás, pues has puesto lengua en la sin par Dulcinea. Y ¿no sabéis vos, gañán, faquín, belitre, que si no fuese por el valor que ella infunde en mi brazo, que no le tendría yo para matar una pulga? Decid, socarrón de lengua viperina, y ¿quién pensáis que ha ganado este reino, y cortado la cabeza á este gigante, y héchoos á vos**

*marqués (que todo esto doy ya por hecho y por cosa pasada en cosa juzgada), si no es el valor de Dulcinea, tomando á mi brazo por instrumento de sus hazañas? Ella pelea en mí y vence en mí, y yo vivo y respiro en ella, y tengo vida y ser.* Pues bien, ¿hay descripción más acabada de un concepto delirante, con los caracteres propios de la aberración afectiva á que él mismo dió nacimiento y pábulo; ni expresión más exacta del predominio que alcanza la idea falsa sobre las verdaderas, y, casi podría decirse, de la identidad que entre la una y las otras llega á establecerse?

Como el intelecto enfermo se gobierna por una lógica cuyos procedimientos son iguales á los de la que dirige al sano, de una idea falsa salen otras, á modo de legítimas y necesarias consecuencias. El delirio del amor encendió el delirio de plañir desdenes; y, aunque no con éstos precisos términos, bien lo declaró Cervantes en la conclusión que puso al soliloquio que hizo Don Quijote apenas hubo salido de su casa, contando que luego volvía diciendo, *como si verdaderamente fuera enamorado: «¡Oh princesa Dulcinea, señora deste cautivo corazón! mucho agravio me habedes fecho en despedirme y reprocharme con el riguroso afincamiento de mandarme no parecer ante la vuestra fermosura. Plégaos, señora, de membraros deste vuestro sujeto corazón, que tantas cuitas por vuestro amor padece.»* Aquí y en todas las partes de la novela el doble concepto delirante del amor y de Dulcinea, en lo esencial y lo accesorio, en su móvil y sus resultados, está tan bien desenvuelto y sostenido, como el primario de la profesión de caballero andante.

Nó; caballero no lo era más Don Quijote que enamorado; ni Dulcinea era una mujer sino como Don Quijote un caballero andante y un enamorado. Pura subjetividad la caballería, el amor y la dama: ideas que tuvieron un mismo origen, y ninguna realidad sino la que les dió la fantástica inventiva del cerebro enfermo

de Quijano. Son como un trípode en que está sentada la locura para responder á todas las cuestiones que le propongan los curiosos.

A los disparates de las historias caballerescas sabían todas las ilusiones y alucinaciones del Hidalgo.

La venta del andaluz parecióle *un castillo con sus cuatro torres y chapiteles de luciente plata, sin faltarle su puente levadiza y honda cava*; las dos mujeres del partido, que á su puerta estaban, *hermosas doncellas ó graciosas damas*; el porquero, que, para recoger su manada, tocó un cuerno, *algún enano que hacía señal de la venida del Caballero*; los molinos de viento, *desaforados gigantes*; los dos rebaños de ovejas y carneros, *ejércitos*, con su emperador el uno y su rey el otro, adalides y paladines, que iban á reñir batalla; y la vulgar bacía de azófar de un barbero lugareño, el áureo *encantado yelmo de Mambrino*. Todas éstas fueron ilusiones de la vista; mas túvolas también del tacto y del olfato. Cuando en el oscuro camaranchón de la venta de Palomeque la mal comprometida Maritornes, andando en *sus cosas*, topó con los brazos de Don Quijote, á éste, que, asiéndola fuertemente, la tiró hacia sí, pareció ser de *finísimo y delgado cendal* la camisa de arpillera de la asturiana; unas cuentas de vidrio, que ella traía en las muñecas, *preciosas perlas orientales*; los cabellos, que en alguna manera tiraban á crines, *hebras de lucidísimo oro de Arabia, cuyo resplandor al del mismo sol escurecía*; y el aliento, que sin duda alguna olía á ensalada fiambre y trasnochada, *olor suave y aromático*; siendo tanta la perversión sensoria del pobre Hidalgo, *que el tacto, ni el aliento, ni otras cosas que traía en sí la buena doncella, no le desengañaban; las cuales pudieran hacer vomitar á otro que no fuera arriero; antes le parecía que tenía entre sus brazos á la diosa de la hermosura*.

Alucinaciones padeció pocas, con relación á las ilusiones, y fueron principalmente del oído, aunque algunas

de la vista y una del tacto; si bien estas últimas mejor se llamarían conceptos delirantes.—*Sepa, señor Maese Nicolás*, decía la Sobrina, *que muchas veces le aconteció á mi señor tío estarse leyendo en estos desalmados libros de desventuras dos días con sus noches; al cabo de los cuales arrojaba el libro de las manos y ponía mano á la espada, y andaba á cuchilladas con las paredes; y, cuando estaba muy cansado, decía que había muerto á cuatro gigantes como cuatro torres; y el sudor que sudaba del cansancio, decía que era sangre de las heridas que había recibido en la batalla; y bebíase luego un gran jarro de agua fría, y quedaba sano y sosegado, diciendo que aquella agua era una preciosísima bebida que le había traído el sabio Esquife, un grande encantador y amigo suyo.* Esto de la bebida es un concepto delirante. A menudo los orates los mezclan, en sus razonamientos, con las alucinaciones.—Mientras hacían el Cura y el Barbero, con la Sobrina y el Ama, el escrutinio de la librería, oyeron que Don Quijote gritaba en su aposento: *¡aquí, aquí, valerosos caballeros! ¡aquí es menester mostrar la fuerza de vuestros valerosos brazos; que los cortesanos llevan lo mejor del torneo!* Llegaron á él cuando ya se había levantado de la cama, y proseguía en sus voces y desatinos, dando cuchilladas y reveses á todas partes, *estando tan despierto como si nunca hubiera dormido* (pocas palabras que valen por muchas para poner claramente en su punto el concepto de la verdadera alucinación); y, después de volverle al lecho, aquietóle el Cura con buenas razones, y diciéndole parecerle que debía de estar demasiadamente cansado, si ya no era que estaba mal ferido. *Ferido nó*, contestó el Hidalgo, *pero molido y quebrantado no hay duda en ello, porque aquel bastardo de don Roldán me ha molido á palos con el tronco de una encina.*—Las palabras que entre Sancho y Don Quijote mediaron con motivo de la descripción de los dos ejércitos que estaban á punto de venir á las manos, son un modelo de fide-

lidad en expresar una alucinación del oído, la incredulidad razonada del que oye referir esta sensación falsa, la confirmación del que la padece, y su creencia de que el otro no la percibe por embargamiento del sentido: fenómeno genuinamente frenopático. *Señor, encomiéndalo al diablo si hombre, ni gigante, ni caballero de cuantos vuestra merced dice, parece por todo esto; á lo menos yo no los veo; quizá todo debe ser encantamento, como las fantasmas de anoche.—¿Cómo dices eso! ¿No oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los atambores?— No oigo otra cosa sino muchos balidos de ovejas y carneros.—El miedo que tienes te hace, Sancho, que ni veas ni oyas á derechas, porque uno de los efectos del miedo es turbar los sentidos y hacer que las cosas no parezcan lo que son.* ¡Hallado os lo habéis el medroso!, pudiera replicarle Sancho; montas, que vuesa merced ha trocado lindamente los frenos: aquí no hay miedo mío, ni pizca, sino locura de vuesa merced, con perdón sea dicho, porque uno de los efectos de la locura es turbar los sentidos y hacer que las cosas parezcan lo que no son, ó que no se vean ni se oyan á derechas.

En el primer período de la locura de Don Quijote ocurrió otro fenómeno extraño, pero no raro, que los alienistas tienen por de ilusión de la vista, y yo lo califico también así, aunque me parece que alguna vez más se asemeja á idea delirante: quiero hablar del que técnicamente se llama *trueco de personalidad*, ya de la propia, ya de la ajena, y es síntoma grave. Estando tendido en el campo el Andante, después de apaleado por los mozos de mulas, sintióse convertido en Baldo-vinos; y, cuando iba sobre el jumento en que le puso el labrador Alonso, se transformó en el abencerraje cautivo Abindarráez.—Tras la batalla de alucinación, citada poco há, dijo al Cura: *por cierto... que es gran mengua de los que nos llamamos doce Pares, dejar tan sin más ni más llevar la vitoria deste torneo á los*

*caballeros cortesanos, habiendo nosotros los aventureros ganado el preç en los tres días antecedentes;—y, por haberle molido Roldán, añadió vengativo: mas no me llamaría yo Reinaldos de Montalbán si, en levantándome deste lecho, no me lo pagare, á pesar de todos sus encantamentos.*—En estos casos trocó el Caballero su personalidad, y también la ajena, pues, cuando se imaginó ser Baldovinos, tuvo por su tío, el Marqués de Mantua, á Alonso; y, al transmutarse en el nombrado abencerraje, convirtió al mismo labrador en don Rodrigo de Narváez, el conocido alcaide de Antequera: al Cura, en el suceso mencionado, llamó señor arzobispo Turpín. En solos dos lances, siete truecos: cuatro de sí mismo, dos del labrador y uno del Cura.

Al modo que la mayor parte de los conceptos delirantes que tuvo Don Quijote, todas sus ilusiones y alucinaciones fueron momentáneas ó fugaces, excitadas por los sucesos y conformes con ellos; después de los cuales, quedáronle impresas en la memoria como sensaciones pasadas, desvanecidas, sin virtualidad: hecho que singulariza su locura, y verdaderamente ofrece ocasión para algún reparo que, por no ser de este lugar, me limito ahora á insinuarlo.

Recordando lo que dejó escrito en otra parte acerca de la *erotomanía*, y leyendo todos los pasajes en que Don Quijote trata de su amor, se echará de ver cuán bien se ajustan los caracteres de esta pasión á la nosología de aquel delirio afectivo. Con tanta exactitud en lo técnico como laconismo en las palabras lo declaró á la Duquesa: *yo soy enamorado, no más de porque es forzoso que los caballeros andantes lo sean; y, siéndolo, no soy de los enamorados viciosos, sino de los platónicos continentés; y ni una sola vez pudo decirse que su afecto se ladease levemente al apetito, ni pareciese en manera alguna descender un punto de la alta región del más puro y poético idealismo. Día de mi noche, llama á Dulcinea, gloria de mi pena, norte de mis ca-*

minos, estrella de mi ventura, y dice que merece ser señora de todo el universo; añadiendo luego: porque has de saber, Sancho, si no lo sabes, que dos cosas solas incitan á amar, más que otras, que son la mucha hermosura y la buena fama; y estas dos cosas se hallan consumadamente en Dulcinea, porque en ser hermosa ninguna le iguala, y en la buena fama pocas le llegan; y, para concluir con todo, yo imagino que todo lo que digo es así, sin que sobre ni falte nada; y píntola en mi imaginación cómo la deseo, así en la belleza como en la principalidad; y ni le llega Elena, ni la alcanza Lucrecia, ni otra alguna de las famosas mujeres de las edades pretéritas griega, bárbara ó latina; y diga cada uno lo que quisiere: razonamiento que, además, viene á corroborar plenamente que la dama es un concepto delirante.— En otra ocasión dijo á la Duquesa: *Dulcinea es principal y bien nacida, y de los hidalgos linajes que hay en el Toboso, que son muchos, antiguos y muy buenos. A buen seguro que no le cabe poca suerte á la sin par Dulcinea, por quien su lugar será famoso y nombrado en los venideros siglos, como lo ha sido Troya por Elena, y España por la Cava, aunque con mejor título y fama. ¡Qué mucho si en más alto lugar la puso momentos antes! Rogóle socarronamente la Duquesa que le delinease y describiese la hermosura y facciones de Dulcinea; que, según lo que la fama pregona de su belleza, tenía por entendido que debía de ser la más bella criatura del orbe, y aun de toda la Mancha. Un suspiro de Don Quijote fué el prelude del siguiente como cántico de amor, en que está pintada con admirable destreza la influencia recíproca del concepto delirante y la turbada sensibilidad moral. Si yo pudiera sacar mi corazón, y ponerle ante los ojos de vuestra grandeza aquí sobre esta mesa y en un plato, quitara el trabajo á mi lengua de decir lo que apenas se puede pensar, porque vuestra excelencia la viera en él toda retratada; pero ¿para qué es ponerme yo ahora á*

*delinear y describir punto por punto y parte por parte la hermosura de la sin par Dulcinea, siendo carga digna de otros hombros que de los míos, empresa en quien se debían ocupar los pinceles de Parrasio, de Timantes y de Apeles, y los buriles de Lisipo para pintarla y grabarla en tablas, en mármoles y en bronces, y la retórica ciceroniana y demostina para alabarla?*

Dos obligaciones imponía necesariamente al Caballero su pasión erotomaniaca: defender á todo trance y contra quienquiera que fuese las altas prendas de su señora; y huir de toda ocasión en que pudiera padecer menoscabo el afecto que le tenía, ó ponerse á riesgo la fidelidad que le guardaba. *Todo el mundo se tenga, gritó á los mercaderes toledanos, si todo el mundo no confiesa que no hay en el mundo todo doncella más hermosa que la Emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso;* y, cuando se avinieron á decirlo, como se les pedía, si veían siquiera un retratito de ella, aunque mostrase ser tuerta de un ojo, y manarle del otro bermellón y piedra azufre, *no le mana, canalla infame, replicó encendido en cólera, no le mana, digo, eso que decís, sino ámbar y algalia entre algodones; y no es tuerta ni corcovada, sino más derecha que un huso de Guadarrama; pero vosotros pagaréis la grande blasfemia que habéis dicho contra tamaña beldad, como es la de mi señora.*—Viendo la Duquesa cuán melancólico estaba Don Quijote por la ausencia de Sancho, ofreció que le servirían cuatro doncellas de las suyas, hermosas como unas flores. *Para mí, respondió el Andante, no serán ellas como flores, sino como espinas, que me puncen el alma. Así entrarán ellas en mi aposento, ni cosa que lo parezca, como volar.*—El eco debía de repetir aún los últimos acentos del cantar de la bien crecida y mal lograda Altisidora, y ya el Caballero, dando un gran suspiro, exclamaba: *¡Que tenga de ser tan corta de ventura la sin par Dulcinea del Toboso, que no la han de dejar á solas gozar de la incomparable fir-*

*meza mía! ¿Qué la queréis, reinas? ¿A qué la perseguís, emperatrices? ¿Para qué la acosáis, doncellas de catorce á quince años? Dejad, dejad á la miserable que triunfe, se goce y ufane con la suerte que amor quiso darle en rendirle mi corazón y entregarle mi alma. Mirad, caterva enamorada, que para sola Dulcinea soy de masa y de alfeñique, y para todas las demás soy de pedernal; para ella soy miel, y para vosotras acíbar. Para mí, sola Dulcinea es la hermosa, la discreta, la honesta, la gallarda y la bien nacida; y las demás, las feas, las necias, las livianas y las de peor linaje. Para ser yo suyo, y no de otra alguna, me arrojó la naturaleza al mundo..... que yo tengo de ser de Dulcinea, cocido ó asado, limpio, bien criado y honesto, á pesar de todas las potestades hechiceras de la tierra.*

A estos síntomas elementales de la monomanía de Don Quijote comunicaba mayor energía y viveza el síntoma general propio de dicha especie vesánica, ó sea la exaltación de las facultades intelectuales y afectivas, que frecuentemente llegó á un grado tal, que habría tenido resultados deplorables, á no mediar la cordura, benevolencia, conmiseración ó instinto práctico de las personas que en los sucesos intervinieron.

Comenzó la hiperfrenia del Hidalgo por aquel estado de expansión, iniciativo de ciertas enfermedades mentales, dicho, con nunca bastante encarecida propiedad, *alegría loca*; de la cual fueron claras muestras el aparejamiento de las armas, y la imposición de nombres á sí mismo, á la dama y al rocín; pero más inequívocas aún los lacónicos razonamientos con que expresó las gratas esperanzas que en su determinación fundaba, y que delante de los ojos le ponían un mundo de bienandanza y gloria. *Imaginábase el pobre, escribe su cronista, ya coronado, por el valor de su brazo, por lo menos del imperio de Trapisonda.* Y él se decía: *Si yo, por malos de mis pecados ó por mi buena suerte, me encuentro por ahí con algún gigante, como de ordi-*



nario les acontece á los caballeros andantes, y le derribo de un encuentro, ó le parto por mitad del cuerpo, ó, finalmente, le venzo y le rindo, ¿no será bien tener á quién enviarle presentado, y que entre y se hinque de rodillas ante mi dulce señora, y diga con voz humilde, rendido: ¡Yo, señora, soy el gigante Caraculiambro, señor de la ínsula Malindrania, á quien venció en singular batalla el jamás como se debe alabado caballero Don Quijote de la Mancha.....?—El verse ya fuera de su casa, armado, montado y puesto en el camino de las aventuras era forzoso que acrecentase más y más el delirio alegre. Así iba, pues, hablando consigo mismo: ¿Quién duda sino que en los venideros tiempos, cuando salga á luz la verdadera historia de mis famosos hechos, que el sabio que los escribiere no ponga, cuando llegue á contar esta mi primera salida tan de mañana, desta manera? Apenas había el rubicundo Apolo tendido..... cuando el famoso caballero Don Quijote de la Mancha, dejando las ociosas plumas, subió sobre su famoso caballo Rocinante, y comenzó á caminar por el antiguo y conocido campo de Montiel. ¡Dichosa edad, y siglo dichoso aquél, adonde saldrán á luz las famosas hazañas mías, dignas de entallarse en bronces, esculpirse en mármoles y pintarse en tablas, para memoria en lo futuro!

El carácter distintivo de la exaltación del Caballero fué un sentimiento constante de superioridad en lo moral y en lo físico, y, como consecuencias inmediatas, la infalibilidad del juicio y la exageración del amor propio; y, como resultados necesarios de esta excelencia general y absoluta, la jactancia, la arrogancia, la temeridad, y, en ciertas ocasiones, la insolencia y el ánimo agresivo, naturales movimientos de la hiperbulia; todo manifestación bien terminante y evidente de la disposición afirmativa del espíritu, peculiar de la monomanía; y todo, por lo mismo, enteramente conforme con la experiencia clínica.

¿Quiérense ejemplos de cuán arraigado estaba en las convicciones delirantes de Don Quijote el sentimiento de superioridad personal? Por cierto que ellos, y aun todos los de su exaltación psíquica son de los pasajes más graciosos de la novela, con ser tantos los que se leen en ésta, sin duda la más regocijada inspiración de la Musa del chiste.—El gran suspiro que al Caballero arrancó el canto de Altisidora fué como un preludio de esta elegiaca exclamación: *¡que tengo de ser tan desdichado andante, que no ha de haber doncella que me mire, que de mí no se enamore!*—Molido y quebrantado iba por la tempestad de palos que sobre él cayó, en su encuentro con los mercaderes toledanos, tanto que apenas podía tenerse sobre el borrico de Pedro Alonso, y daba unos suspiros que los ponía en el cielo; mas, con hallarse en situación tan lastimera, á la desatinada arenga que espetó á su vecino puso fin con estos nuevos y arrogantes disparates: *Sepa vuestra merced, señor don Rodrigo de Narváez, que esta hermosa Jarifa, que he dicho, es ahora la linda Dulcinea del Toboso, por quien yo he hecho, hago y haré los más famosos hechos de caballerías que se han visto, vean \* ni verán en el mundo.* Y replicando Alonso: *Mire vuestra merced, señor, ¡pecador de mí!, que yo no soy don Rodrigo de Narváez ni el Marqués de Mantua, sino Pedro Alonso, su vecino; ni vuestra merced es Baldovinos ni Abindarráez, sino el honrado hidalgo del señor Quijano;* respondió éste: *Yo sé quién soy, y sé que puedo ser, no sólo los que he dicho, sino todos los doce Pares de Francia, y aun todos los nueve de la Fama,*

\* Aquí me aparto del texto de la edición de Hartzenbusch, que pone *ven*, y sigo el de las demás, que dicen *vean*, convencido por las razones que, á favor de esta última lección, alega don JUAN CALDERÓN en su inestimable opúsculo: *Cervantes vindicado en ciento y quince pasajes del texto del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, que no han entendido, ó que han entendido mal, algunos de sus comentadores ó críticos;* Madrid, 1854, págs. 17-19,

*pues á todas las hazañas que ellos todos juntos y cada uno por sí hicieron, se aventajarán las mías.*—Después de la batalla con el vizcaíno, preguntó á Sancho: *Pero dime por tu vida: ¿has tú visto más valeroso caballero que yo en todo lo descubierta de la tierra? ¿has leído en historias otro que tenga ni haya tenido más brío en acometer, más aliento en el perseverar, más destreza en el herir, ni más maña en el derribar?*—Al llegar adonde estaba midiendo el suelo Rocinante, apaleado por los yangüeses, manifestó á Sancho que bien podía ayudarle contra aquéllos á tomar la debida venganza de tal agravio, pues no eran caballeros, sino gente soez y de baja ralea; pero el mozo, que, distando mucho de tener los humos del Andante, solía ajustar el valor á la medida de la prudencia, hízole una observación que cerraba la puerta á toda réplica: *¿Qué diablos de venganza hemos de tomar, si éstos son más de veinte, y nosotros no más de dos, y aun quizá no somos sino uno y medio?* Tú, que tal dijiste. *¡Yo valgo por ciento!* repuso Don Quijote; y sin hacer más discursos, echó mano á la espada, y arremetió á los yangüeses, y lo mismo hizo el escudero. El éxito de esta bravata fué el que había de ser: quedar señor y criado tendidos en el suelo, á vueltas de una paliza que les enseñó con qué furia machacan estacas puestas en manos rústicas y enojadas. Lucha, no la hubo en realidad, porque los villanos, al segundo toque, dieron con Don Quijote y Sancho en tierra; y tal fué el molimiento del pobre Andante, que á duras penas pudo llegar después á la venta, atajado sobre el asno. Con todo eso, echóse á sí mismo la culpa de su desgracia, por haber puesto mano á la espada contra hombres que no eran armados caballeros; y así, recomendó á Sancho que, en lo sucesivo, cuando semejante canalla les hiciese algún agravio, no aguardase á que él los acometiese, sino que los castigase á su sabor; que si en ayuda y defensa de los follores acudiesen caballeros, ya entonces sabría defen-

derle y ofenderlos; concluyendo con decirle: *que ya habrás visto por mil señales y experiencias hasta adónde se extiende el valor de este mi fuerte brazo.* —Mientras hacía la guarda de la venta, castillo, en su concepto, Maritornes, acompañada de la hija del ventero, (queriendo entrambas jugarle una mala treta, que, en verdad, vino á ser harto cruel) pidióle la mano por el agujero del pajar, y, al dársela con imprudente confianza Don Quijote, le dijo: *Tomad, señora, esa mano, ó, por mejor decir, ese verdugo de los malhechores del mundo; tomad esa mano, digo, á quien no ha tocado otra de mujer alguna, ni aun la de aquélla que tiene entera posesión de todo mi cuerpo. No os la doy para que la beséis, sino para que miréis la textura de sus nervios, la trabaçon de sus músculos, la anchura y espaciosidad de sus venas, de donde sacaréis qué tal debe de ser la fuerza del brazo que tal mano tiene.*— Nada extraño, pues, que momentos antes, imaginándose que la hija del ventero le requería de amores, la hubiese desengañado con palabras que, á vueltas del comedimiento, descubrían la más estrambótica arrogancia: *y si del amor que me tenéis halláis en mí otra cosa con que satisfaceros que el mismo amor no sea, pedídmela; que yo os juro por aquella ausente enemiga dulce mía, de dárosela en continente, si bien me pidiédes una guedeja de los cabellos de Medusa, que eran todos culebras, ó ya los mismos rayos del sol, encerrados en una redoma.*— En medio de su aporreamiento con Eugenio, alborotóse de oír el són de una trompeta triste, anuncio de extraña aventura, y, por acudir á ella, aunque estaba debajo del cabrero, muy contra su voluntad y más que medianamente molido, le dijo: *Hermano demonio (que no es posible que dejes de serlo, pues has tenido valor y fuerzas para sujetar las mías), ruégote que hagamos treguas no más de por una hora.*— Estaba batallando con el gato que, habiéndole saltado al rostro, le tenía

asidas las narices con las uñas y los dientes, en la tan indigna como peligrosa burla que se le hizo tras su conferencia con doña Rodríguez, cuando á los grandes gritos que le arrancaba el dolor acudiendo el Duque, quiso despartir la desigual pelea y desarraigarle la enfurecida bestia; mas el Caballero dijo á voces: *No me le quite nadie; déjenme mano á mano con este demonio, con este hechicero, con este encantador; que yo le daré á entender, de mí á él, quién es Don Quijote de la Mancha.*—Nada, sin embargo, llega al hiperbólico encomio que, con ir metido en una jaula y maniatado, hace de sí mismo al Canónigo: *Caballero andante soy, y no de aquéllos de cuyos nombres jamás la fama se acordó para eternizarlos en su memoria, sino de aquéllos que, á despecho y pesar de la misma envidia y de cuantos magos crió Persia, bracmanes la India, ginosophistas la Etiopia, ha de poner su nombre en el templo de la inmortalidad, para que sirva de ejemplo y dechado en los venideros siglos, donde los caballeros andantes vean los pasos que han de seguir, si quisieren llegar á la cumbre y alteza honrosa de las armas.*

Los arranques de valor de Don Quijote cuéntanse por los sucesos y trabajos que sobre él llovieron; en algunos de los cuales sobrepujó á los héroes de nuestras leyendas caballerescas, y en los más su arrojó fué el ímpetu de la temeridad desatentada, ciega, instintiva del arremetimiento hiperfrénico. — ¿Quién hubiera arremetido solo á treinta y tantos desaforados gigantes, que movian más brazos que el Briareo? — ¿Quién tan bizarro hubiera enristrado la lanza y entrádose por medio del escuadrón del grande emperador Alifanfarón, señor de la Trapobana, en auxilio del rey de los Garamantas, Pentapolín del arremangado brazo? — ¿A quién no hiciera temblar de espanto y horror, en noche oscura y sitio solitario, el misterioso estruendo de los batanes, con su crujir de hierros y cadenas, y el

ruido de aguas que se despeñaban como un torrente?—  
¿Y la aventura de los leones? *¿Leoncitos á mí?* dijo sonriéndose, *¿á mí leoncitos, y á tales horas?*; pues, *por Dios, que han de ver esos señores que acá los envían, si soy yo hombre que se espanta de leones.* A dicha, uno de los animalejos sacó la cabeza fuera de la jaula, miró á todas partes, volvió irreverente las espaldas á Don Quijote, y se echó de nuevo, casi *humildoso y coleando*, como el del conocido romance. Ésta fué, á no dudarlo, la aventura en que llegó á más alto punto la hiperbulia del Andante: sobreexcitación extraordinaria de la voluntad, que no lograron aplacar las reflexiones de don Diego, los ruegos ni protestas del leonero, las súplicas ni el llanto de Sancho; todos encaminados á hacerle desistir de lidiar con los dos más fieros leones que en tiempo alguno criaron las africanas selvas.—Acabada la pendencia con el vizcaíno, como el escudero se mostrase temeroso de que les prendiese la Santa Hermandad, que tenía que ver con los que peleaban en el campo; *pues no tengas pena, amigo*, replicó Don Quijote; *que yo te sacaré de las manos de los caldeos, cuanto más de las de la Hermandad.*—Vínosele á Sancho á los labios, que de la memoria no se le iba nunca, la de su manteamiento; y, afeándosele Don Quijote, díjole que, bien apurada la cosa, fué burla y pasatiempo; *que, á no entenderlo yo así, ya yo hubiera vuelto allá, y hubiera hecho en tu venganza más daño que el que hicieron los griegos por la robada Elena.*—Todavía más temeroso estaba el escudero que después de la batalla del vizcaíno, con la disparatada suelta de los galeotes, y, pareciéndole que ya las saetas de los ministriles de la Hermandad le zumbaban por los oídos, recabó de su amo que se apartasen del peligro de la persecución, pero no sin que el Caballero protestara su valor con vehementes razones, á las que dió fin con estas palabras: *y no me repliques más, que en sólo pensar que me aparto y retiro de algún peligro, especial-*

mente deste, que parece que lleva algún es no es de sombra de miedo, estoy ya para quedarme y para aguardar aquí solo, no solamente á la Santa Hermandad, que dices que temes, sino á los hermanos de los doce tribus de Israel, y á los siete Maçabeos, y á Cástor y Pólux, y aun á todos los hermanos y hermandades que hay en el mundo. — Y ¡cómo dió vado á su enojo y cólera cuando en la venta de Palomeque, á vueltas de los dramáticos sucesos y peripecias de que ella fué teatro, los cuadrilleros intentaron ejecutar el mandamiento que traían de prenderle por salteador de caminos! Venid acá, gente soez y mal nacida, ¿saltear de caminos llamáis al dar libertad á los encadenados, soltar los presos, acorrer á los miserables, alzar los caídos, remediar los menesterosos!.... Venid acá, ladrones en cuadrilla, que no cuadrilleros; salteadores de caminos con licencia de la Santa Hermandad: decidme, ¿quién fué el ignorante que firmó mandamiento de prisión contra un tal caballero como yo soy?.... Y, finalmente, ¿qué caballero andante ha habido, hay ni habrá en el mundo, que no tenga bríos para dar él solo cuatrocientos palos á cuatrocientos cuadrilleros que se le pongan delante!— Topáronse amo y mozo con la bojiganga de Angulo el Malo, que iba á hacer en un lugar cercano el auto de *Las Cortes de la Muerte*; y lo que amenazaba ser una aventura peligrosa habría terminado en paz de Dios, si el farandulero diablo, que demasiadamente bien hizo á la sazón el diablo añascándolo todo, no hubiese sacudido con las vejigas al jumento, que, espantado, echó á volar más que correr por el campo. Llegó el escudero adonde estaba caído y maltrecho Don Quijote, y, después de ayudarle á subir sobre Rocinante, pasaron entre los dos estas razones.— Señor, el diablo se ha llevado al Rucio. — ¿Qué diablo? — El de las vejigas. — Pues yo le cobraré, si bien se encerrase con él en los más hondos y oscuros calabozos del infierno.... — No hay para qué hacer esa diligencia, señor; vuesa mer-

---

*ced temple su cólera; que, según me parece, ya el diablo ha dejado el Rucio, y vuelve á la querencia.— Con todo eso, será bien castigar el descomedimiento de aquel demonio en alguno de los de la carreta, aunque sea el mesmo emperador. — Quítese á vuesa merced eso de la imaginación, y tome mi consejo, que es que nunca se tome con farsantes, que es gente favorecida. — Pues, con todo, no se me ha de ir el demonio farsante alabando, aunque le favorezca todo el género humano.*

No son menester más síntomas para asentar con toda fijeza el diagnóstico de la monomanía de Don Quijote. Así lo entenderán también, con un modo muy adecuado de comparación ó encarecimiento, las personas no instruídas en materias médico-psicológicas, pero sí peritas en las literarias; esto es, asegurándoles que tanta verdad clínica hay en la descripción implícita de la susodicha locura, como gracia en el relato de los hechos que inmortalizaron al generoso Hidalgo, y fueron las manifestaciones genuinas y necesarias de su padecimiento.

---

## CAPÍTULO VI.

REALIDAD OBJETIVA, PARA EL LOCO, DE SUS ILUSIONES  
Y ALUCINACIONES.

En los repetidos altercados á que dió origen la bacía del barbero lugareño, está descrito, como á vuela pluma, pero con viveza y gracejo inimitables, un fenómeno muy digno de la consideración del filósofo, y es la realidad objetiva, cierta, indubitable, para el loco, de sus ilusiones, y, por tanto, de sus alucinaciones, puesto que á un mismo orden pertenecen entrambos síntomas. Para aquella ilusionaria de mi Manicomio, que tiene por hombres á las demás reclusas, tan hombres son como el padre que la engendró, y quizá sólo por creerlo así las considera y gusta de alternar con ellas; y no la sacan del inconcebible engaño, no diré argumentos que haría cualquier niño de la doctrina, pero ni su misma vista, ni su tacto, ni su oído, ni tantas cosas con que las mujeres saben mostrar que lo son. Los alucinacionarios que se hallan en un caso semejante, viven en un mundo exclusivamente suyo, fabricado con sus visiones, tan material para ellos como el de tierra y agua que habitamos; y cierto es que contra la objetividad de tales sensaciones falsas nada les harían creer frailes descalzos, como se decía en tiempo de Cervantes; bien que esta frase ha perdido toda fuerza ponderativa en el nuestro, pues ya, no á orates, sino á muchos que se precian de muy cuerdos mejor persuaden, traen y llevan predicadores de otra estofa, que con sus sermones les meten la locura en el cerebro, el odio en el corazón y la guerra en el alma.

*Por Dios, que la bacía es buena, y que vale un real de á ocho como un maravedí,* dice Sancho alzando la

que minutos antes una ilusión de Don Quijote ha convertido en yelmo. Juntamente con ella nacieron un concepto delirante y dos ilusiones más de la vista; porque acontece á menudo que el desorden sensorio, no limitándose al objeto que lo ocasiona, suscita otros, ya sensorios también, ya intelectuales; al modo que, por la inversa, el trastorno intelectual, demás de sugerir ideas secundarias, tan quiméricas como la primaria sobre que versa, origina ilusiones ó alucinaciones, todas consonantes con aquélla. Al ver y entender de Don Quijote, la bacía es, no sólo yelmo, un yelmo cualquiera, sino el famoso y encantado del rey Mambrino; aquel yelmo, que, matando á su dueño, ganó Reinaldos de Montalbán; es un caballero el rapador que, para defenderse de la lluvia, llevaba puesta sobre la cabeza la bacía, y dejola abandonada al echar á correr por el llano, huyendo de la lanza del Andante; y es un caballo rucio, rodado, el jumento pardo en que el pobre diablo venía cabalgando, y que asimismo ha dejado á merced de quien tan improvisamente se le echó encima. La ingenua declaración y el vulgar encomio del escudero no deshacen el engaño de su señor; á quien tampoco saca de él la evidencia de la cosa, el testimonio de los sentidos, pues toma la bacía en las manos, pónesela en la cabeza, rodéala á una y otra parte buscándole el encaje, y, como no se lo halla, exclama: *Sin duda que el pagano á cuya medida se forjó primero esta famosa celada debía de tener grandísima cabeza: y lo peor dello es que le falta la mitad.* No puede Sancho tener la risa cuando oye llamar celada á la bacía; ¿de qué te ríes? preguntale el Caballero; y *ríome*, responde él, muy á lo sacarrón, *de considerar la gran cabeza que tenía el pagano, dueño de este almete, que no semeja sino una bacía de barbero pintiparada.* Ni por esas; la ilusión, lejos de aflojar, se afirma, según se echa de ver por el siguiente razonamiento, donde apunta, además, otro concepto delirante: *¿Sabes qué imagino, Sancho? que*

*esta famosa pieza deste encantado yelmo, por algún extraño accidente debió de venir á manos de quien no supo conocer ni estimar su valor; y, sin saber lo que hacía, viéndola de oro purísimo, debió de fundir la una mitad para aprovecharse del precio, y de la otra mitad hizo ésta que parece bacía de barbero, como tú dices; pero sea lo que fuere; que para mí, que la conozco, no hace al caso su transmutación; que yo la aderezaré en el primer lugar donde haya herrero, y de suerte, que no le haga ventaja, ni aun le llegue, la que hizo y forjó el dios de las herrerías para el dios de las batallas; y en este entretanto la traeré cómo pudiere; que más vale algo que no nada; cuanto más que bien será bastante para defenderme de alguna pedrada.*

Muévese en la venta del Zurdo una graciosa pendencia cuando á Sancho arremete el barbero, dueño de la bacía, como también de la albarda que perdió al mismo tiempo que aquélla; y, andando con él á mía sobre tuya, llámale ladrón, salteador de caminos, y pide favor al Rey y á la Justicia, diciendo en el discurso de la pelea: *Señores, así esta albarda es mía, como la muerte que debo á Dios..... y hay más, que el mismo día que ella se me quitó, me quitaron también una bacía de azófar nueva, que no se había estrenado, que era señora de un escudo. No puede contenerse Don Quijote, y repone: Veán vuestras mercedes clara y manifestamente el error en que está este buen escudero, pues llama bacía á lo que fué, es y será el yelmo de Mambrino; el cual se le quitó yo en buena guerra, y me hice señor dél con legítima y lícita posesión..... para confirmación de lo cual, corre, Sancho, hijo, y saca aquí el yelmo que este buen hombre dice ser bacía. Lo contraproducente de esta orden pone en boca del escudero palabras que ni de un letrado: Pardiez, señor, si no tenemos otra prueba de nuestra intención que la que vuestra merced dice, tan bacía es el yelmo de Mambrino como el jaez deste buen hombre albarda.*

Con todo, tomándola en las manos el Andante, dice: *Miren vuestras mercedes ; con qué cara podrá decir este escudero que ésta es bacía, y no el yelmo que yo he dicho! y juro por la Orden de caballería que profeso, que este yelmo es el mismo que yo le quité sin haber añadido en él ni quitado cosa alguna.* No puede darse por vencido el barbero, y, como haciéndose cruces, replica: *¿ Qué les parece á vuestras mercedes, señores, de lo que afirman estos gentiles hombres, pues aun porfían que ésta no es bacía, sino yelmo!;* y Don Quijote contrarreplica: *Y quien lo contrario dijere..... le haré yo conocer que miente, si fuere caballero, y, si escudero, que remiente mil veces.* Tercia en la contienda maese Nicolás, y, por seguir con su habitual buen humor el del Andante, y enmarañar más la madeja, informa á lo perito, alegando tener, más de veinte años há, carta de examen del oficio barberil, y haber sido, en su mocedad, soldado, *que esta pieza que está aquí delante, y que este buen señor tiene en las manos, no sólo no es bacía de barbero, pero está tan lejos de serlo como está lejos lo blanco de lo negro, y la verdad de la mentira; también digo que éste, aunque es yelmo, no es yelmo entero; á lo que asiente Don Quijote diciendo: no por cierto, porque le falta la mitad, que es la babera;* y lo mismo confirman el Cura, Cardenio, don Fernando y sus compañeros.

¡Cuadro acabado! Como éste he visto yo muchos. Es una escena de la comedia humana, en que las primeras partes bajan á hacer un papel más ridículo que el de bobo. Sin hablar de la risa y algazara con que á menudo de la gente necia son recibidos los disparates de un pobre loco que discurre por la vía pública, ó está recogido en un manicomio; personas hay de quienes no puede negarse que son sesudas, ilustradas y compasivas, y que, sin embargo, se vulgarizan, como si estas dotes no tuvieran, en un coloquio con un orate, haciendo que admiten por verdades los errores del infeliz, cele-

brando sus sandeces, aprobando y defendiendo sus despropósitos; en una palabra, yéndose, por burla, tras el hilo del delirio: siendo todo esto para ellas, como para las que en aquel punto y hora tan á su sabor cizañaron, *materia de grandísima risa*. Que á tal materia de risas sigue luego materia no escasa de lágrimas, lo he dicho ya en otra parte.

Pero no está agotado aún el asunto de la célebre y disputada bacía, ni es lo menos interesante el último toque de la pintura de la ilusión á que ella dió margen. *Pero dime, Sancho, ¿traes bien guardado el yelmo de Mambrino?; que ya ví que le alzaste del suelo cuando aquel desagradecido le quiso hacer pedazos, pero no pudo, donde se puede echar de ver la fineza de su temple.* Esto preguntó Don Quijote mientras iba entrándose en Sierra Morena; y no hay que añadir que aquel desagradecido era Ginés de Pasamonte, por otro nombre Ginesillo de Parapilla. Lo que respondió Sancho y lo que repuso su amo merecen ser trasladados casi por entero, pues, sobre poner en su punto la ilusión, y demostrar lan realidad objetiva que para el orate tiene, manifiestan con cuánta fuerza se apega al entendimiento; cómo lo malea sugiriéndole conceptos delirantes que más y más en él se afirman; y por dónde se escapa la lógica frenopática al verse arrollada por la incontrastable argumentación de la evidencia. *¡Vive Dios, señor caballero de la Triste Figura, que no puedo sufrir ni llevar en paciencia algunas cosas que vuestra merced dice! y que por ellas vengo á imaginar que todo cuanto me dice de caballerías, y de alcanzar reinos é imperios, de dar ínsulas y de hacer otras mercedes y grandezas, como es uso de caballeros andantes, que todo debe de ser cosa de viento y mentira, y todo pastraña ó patraña, ó cómo lo llamáremos; porque quien oyere decir á vuestra merced que una bacía de barbero es el yelmo de Mambrino, y que no salga deste error en más de medio día, ¿qué ha de pensar sino que quien tal dice y afirma debe*

*de tener huero el juicio? La bacía yo la llevo en el costal, toda abollada, y llévola para aderezarla en mi casa, y hacerme la barba en ella...—Mira, Sancho, por el mesmo que denantes juraste te juro que tienes el más corto entendimiento que tiene ni tuvo escudero en el mundo. ¿Que es posible que, en cuanto há que andas conmigo, no has echado de ver que todas las cosas de los caballeros andantes parecen quimeras, necedades y desatinos, y que son todas hechas al revés! Y no porque sea ello así, sino porque andan entre nosotros siempre una caterva de encantadores, que todas nuestras cosas mudan y truecan, y las vuelven según su gusto, y según tienen la gana de favorecernos ó destruirnos; y así, eso que á tí te parece bacía de barbero, me parece á mí el yelmo de Mambrino, y á otro le parecerá otra cosa. Y fué rara providencia del sabio que es de mi parte, hacer que parezca bacía á todos lo que real y verdaderamente es yelmo de Mambrino, á causa que, siendo él de tanta estima, todo el mundo me perseguiría por quitármele; pero, como ven que no es más de un bacín de barbero, no se curan de procuralle, como se mostró bien en el que quiso rompelle, y le dejó en el suelo, sin llevarle; que á fe que si le conociera, que nunca él le dejara..... Si verdad es belleza, este pasaje es sumamente bello.*

¡Dichosa bacía, que inspiró episodios, de los más regocijados de la novela, en lo literario; de los más verdaderos y más fielmente referidos, en lo médico-psicológico!

---

## CAPÍTULO VII.

EPIFENÓMENO DE LA LOCURA DE DON QUIJOTE, QUE SEMEJA EL DELIRIO DE LA ZOANTROPÍA.

Se da el nombre de *Licantropía* á una variedad de la locura instintiva, en la que el paciente abandona su domicilio, huye á la selva, vive del merodeo y rapiña, se enfurece, corre, acomete y aulla como lobo, porque cree haberse transformado en tal. De este concepto delirante trae origen aquella denominación\*.

Ningún ejemplar he visto de semejante vesania, ni creo que se dé hoy día; pero sí algunos de la que comunmente con el mismo nombre se designa, aunque

\* Para dar una idea de la que tenían de esta vesania los médicos hasta el siglo último, nada mejor que el pasaje, que á continuación traduzco, de un libro muy famoso entonces, y no despreciable ahora, como que fué, en el orden cronológico, el segundo tratado de Medicina legal que vió la luz pública, pero, en importancia, sin duda el primero, y en largo tiempo poco menos que oráculo de esta ciencia. « Hay otra especie de locura, que se llama *Licantropía*, *Cinantropía* ó insania lupina, y sus enfermos *licantrópicos* ó *cinantrópicos*, porque suelen andar vagando por lugares horrorosos ó incultos, sacar y llevarse de los muladares y sepulturas cuerpos muertos de fieras y personas; en lo cual consiste su miserable delirio: de donde los poetas más antiguos inventaron la fábula de que los adolecentes de tal enfermedad habian sido transformados por los dioses en perros, lobos y osos; y de esta suerte mudaron á Hécuba en perra, á Licaón en lobo, á Calipso en osa y á otros en figuras de brutos y fieras de diferentes géneros. También creen ciertos doctores, como Vallés y Mercurial, que Nabucodonosor, rey de Babilonia, padeció este mal, por la divina voluntad: opinión que admiten algunos Padres, según dice Del Río. Quizás adolecían de él los pueblos setentrionales dichos Daríos, de quienes cuenta Herodoto que una vez al año quedaban transformados en lobos por tiempo de algunos días.» PAULI ZACCHIAE *Quaestiones medicolegales*; Lyon, 1726, tomo I, pág. 148.

ampliando su concepto nosográfico y suavizando la aspereza de su forma nosológica, sin hacer cuenta de las raíces griegas del vocablo. Por esto, usando de la misma libertad, prefiero llamar á esta dolencia *Zoantropía*, voz ya admitida en la nomenclatura médico-psicológica, con la que doy también á su significación más latitud que permite su estructura etimológica, es decir, la extendiendo á expresar uno que bien puede denominarse *delirio de salvajez*; en fuerza del cual, no precisamente se figuran los orates estar convertidos en animales, pero se les parecen hasta cierto punto, errando fuera de todo albergue, concurso ó compañía, en el mayor extremo de rusticidad y abandono, casi no gobernándose sino por los instintos más groseros, y como temiendo ú odiando á los demás hombres. Gentes en extremo desvalidas y miserables son casi las únicas que dan un contingente, bien que mínimo, á esta variedad frenopática.

Zoántropos son, pues, en aquel sentido, los locos que huyen de todo poblado á las comarcas solitarias y á los bosques, donde pasan la vida vagamundeando; se presentan tal cual vez en las cabañas y chozas, ó salen á los caminos, por si alguien les da un mendrugo, comunmente sin ellos pedirlo, ni por Dios; suelen comer hierbas y raíces, ó fruta que hurtan de los árboles; beben en arroyos y charcas; y duermen á cielo descubier- to, ó se recogen debajo de una peña, si ya no es que, á modo de trogloditas, prefieran alguna cueva abierta en lo más fragoso de los montes. Tal debió de ser la locura de Fray Juan Garín, el de la tradición monserratina, dado que este singular personaje fuese hijo de mujer, y no, como yo tengo por indudable, de la novelera fantasía del vulgo, que con él y su extraña historia hubo de simbolizar el pecado, la miseria del pecador, la expiación que temple la cólera divina, y el perdón que el Misericordioso otorga, por fin, al alma purificada con la penitencia y el arrepentimiento. Víctimas los

zoántropos de las sensaciones, apetitos y conceptos propios de la enfermedad que les aflige; sin el freno de una sujeción prudente; sin los cuidados que mitigarían sus dolores morales, aplacarían sus exaltaciones y sostendrían las fuerzas de su cuerpo; en una palabra, embrutecidos por la absoluta soledad en que viven, entréganse á todos los desconciertos y desórdenes del delirio, y padecen sus deplorables consecuencias: andan desarrapados, llevan á la boca las cosas más repugnantes; éntranse acaso en las haciendas, destruyen árboles y plantas, ó causan otros desperfectos; y si tal vez se atreven á parecer en público, asustan, más que molestan ni amenazan, á los transeuntes; y, finalmente, son el hazmerreir de las gentes rústicas, el blanco de las pedradas de los chiquillos, y aun harto á menudo de personas mayores, ignorantes y supersticiosas, que son las más en lugares y aldeas, que, por necedad ó por malicia, persiguen á aquellos infelices, creyéndolos aojadores ó brujos. También se ha dado algún caso de abusar torpemente de una zoántropa quien, cometiendo un atropello tan vil, asqueroso y brutal, de sobra mostró no haber nacido para hombre.

Hasta qué punto el fiero aislamiento de estos desventurados y los malos tratos que reciben, llegan á oscurecer su razón y desquiciar la máquina de su organismo, sería ocioso encarecerlo; y así, cuando, por buenos oficios de alguna persona caritativa ó disposición de la autoridad, son llevados á las casas de locos, entran en ellas hechos unos salvajes: famélicos, casi desnudos, sucios, caído el cabello en largas y gruesas guedejas, luenga y aborrascada la barba, marchito el semblante, lánguida la mirada, curtido el cutis, extenuado el cuerpo, extinta la inteligencia, muertos los afectos, borrados los instintos y perdida el habla, ó siquiera cerrados en un mutismo invencible, en el que he visto á algunos morir, tras larga residencia en el Manicomio, sin lograr jamás, con perseverantes instancias é importuna-

ciones, ruegos y súplicas, caricias y promesas, arrancarles su nombre.

La locura de Cardenio fué una melancolía con delirio zoantrópico y accesos maniacos furiosos y dañinos. En lo más áspero y escondido de Sierra Morena iba errante, descubierta la cabeza, roto el vestido, el rostro desfigurado y tostado del sol; salía al camino á los pastores, y, tal vez, sin hablarles palabra, dábales puñadas, bocados y coces, y les quitaba el sustento; volvía luego á entrarse en el monte con extraña ligereza, pues no corría, sino saltaba de mata en mata y de risco en risco; se recogía en el hueco de un alcornoque, ó doquier que le tomaba la noche; y, por más que los pastores le rogaron que les dijese quién era, nunca con él pudieron acabarlo.

Permítaseme ahora hacer incidentemente una pregunta: ¿no es admirable que aun en pintar esta especie extraordinaria de locura estuviese tan acertado Cervantes?

No fué tal, ni con mucho, el desvarío de Don Quijote en las mismas entrañas de Sierra Morena; pero, á la verdad, tuvo con el zoantrópico una rara semejanza.

Sólo por sentirse ferido de punta de ausencia de Dulcinea—motivo bien caprichoso, bien frenopático, puesto que la ausencia fué necesariamente la situación constante de esta señora, — quiso seguir las huellas de Amadís haciendo del desesperado, del sandio y del furioso; y aun cruzó por su imaginación la idea de imitar también á Roldán después que halló en una fuente señales de que Angélica la Bella había cometido vileza con Medoro; de cuya pesadumbre se volvió loco, y arrancó árboles, enturbió fuentes, mató pastores, destruyó ganados, abrasó chozas, derribó casas, arrastró yeguas é hizo otras cien mil violencias, ó dígase dió claras y superabundantes muestras de ser un zoántropo de atar. Parecióle luego á nuestro Hidalgo contentarse

con sólo la imitación de Amadís, sin hacer locuras de daño, sino de lloros y sentimientos; y, al reparo que le puso Sancho de que no tenía causa para volverse loco, como aquellos caballeros, para cometer esas necedades y pasar esas penitencias, pues de dama no había sido desdeñado, ni visto señales de niñería alguna hecha por la suya con moro ni con cristiano, respondió Don Quijote: *Ahí está el punto, y esa es la fineza de mi negocio; que volverse loco un caballero andante con causa, ni grado ni gracias; el toque está en desatinar sin ocasión, y dar á entender á mi dama que si en seco hago esto, ¿qué hiciera en mojado!* Con motivo bien distinto dijo luego: *Antes me tengo de quitar todas estas armas, y quedar desnudo como cuando nací, si es que me da en voluntad de seguir en mi penitencia más á Roldán que á Amadís.* Asomó entonces el conato zoantrópico, que casi pasó á acto en lo sucesivo.

En efecto, llegado que hubieron amo y mozo al pie de una alta montaña, *éste es el lugar; oh cielos!*, exclamó aquél, *que diputo y escojo para llorar la desventura en que vosotros mismos me habéis puesto; y á poco rato dijo al escudero: ahora me falta rasgar las vestiduras, esparcir las armas y darme de calabazadas por estas peñas, con otras cosas deste jaez que te han de admirar; añadiendo en seguida: mis calabazadas han de ser verdaderas, firmes y valederas, sin que lleven nada del sofisticado ni del fantástico.*

Concertáronse en que entretanto iría Sancho al Toboso con una carta para Dulcinea, amén de una libranza pollinesca contra la Sobrina; y, dándose prisa á que le despachase su amo, porque tenía gran deseo de volver á sacarle del purgatorio donde le dejaba; *¿purgatorio le llamas, Sancho?* dijo Don Quijote; *mejor hicieras de llamarle infierno, y aun peor, si hay otra cosa que lo sea.* Ya tenía Panza en la mano los documentos, cuando empezó á despedirse de su señor con estas palabras: *Iré á ensillar á Rocinante, y aparéjese*

*vuestra merced á echarme su bendición; que luego pienso partirme, sin ver las sandeces que vuestra merced ha de hacer; que yo diré que le ví hacer tantas, que no quiera más; á lo cual opuso el Andante: Por lo menos quiero, Sancho, y, porque es menester así, quiero, digo, que me veas en cueros y hacer una ó dos docenas de locuras (que las haré en menos de media hora), porque, habiéndolas tú visto por tus ojos, puedas jurar á tu salvo en las demás que quisieres añadir; y asegúrote que no dirás tú tantas cuantas yo pienso hacer. Mas ¡cuál estaría de macilento y escuálido el de la Triste Figura, cuando instantáneamente repuso Sancho: ¡Por amor de Dios, señor mío, que no vea yo en cueros á vuestra merced; que me dará mucha lástima, y no podré dejar de llorar! Todavía declaró más Don Quijote sus extraños y desvariados intentos, al preguntarle el escudero: ¿qué es lo que ha de comer vuestra merced en tanto que yo vuelvo? ¿ha de salir al camino, como Cardenio, á quitárselo á los pastores?; pues contestó: no te dé pena ese cuidado, porque, aunque tuviera, no comiera otra cosa que las yerbas y frutos que este prado y estos árboles me dieren; que la fineza de mi negocio está en no comer y en hacer otras asperezas equivalentes.*

Al fin, púsose en camino Sancho; mas no había andado cien pasos, cuando volviendo, tocado de un escrúpulo, habló así: *Digo, señor, que vuestra merced ha dicho muy bien; que, para que pueda jurar sin cargo de conciencia que le he visto hacer locuras, será bien que vea siquiera una, aunque bien grande la he visto en la quedada de vuestra merced; á lo cual respondió el Caballero: ¿No te lo decía yo? Espérate, Sancho; que en un credo las haré. Y, desnudándose con toda priesa los calzones, añade el historiador, quedó en carnes y en pañales; y luego, sin más ni más, dió dos zapatetas en el aire, y dos tumbas, la cabeza abajo y los piés en alto, descubriendo cosas que, por no verlas otra vez, volvió Sancho la rienda á Rocinante, y se dió por con-*

tento y satisfecho de que podía jurar que su amo quedaba loco.

Así era la verdad; pero su vesania no corrió todo el camino de la zoantropía, al que poco antes amagó lanzarse precipitadamente. Resolviendo imitar á Amadís en sus locuras melancólicas, y no á Roldán en las desahoradas, renunció á desnudarse del todo, á dar pesadumbre á los árboles y á enturbiar el agua clara de los arroyos: y estuvo rezando avemarías, fatigado, sin embargo, de no hallar allí otro ermitaño que le confesase, y con quien consolarse; paseándose por un pradecillo; entreteniéndose en suspirar y en llamar á los faunos y silvanos, á las ninfas y á Eco, que le escuchasen, respondiesen y consolasen; y escribiendo y grabando en las cortezas de los árboles y en la arena muchos versos, todos acomodados á su tristeza, y algunos en alabanza de Dulcinea, como las tres estrofas, únicas que se pudieron leer después, estimables por ser cosa suya, pero con las que no transmitiera su nombre á la posteridad más remota, á no haberlo ilustrado y engrandecido con las hazañas que le granjearon el alto renombre de león manchego.

Sustentábase de algunas hierbas que cogía; y, con la insuficiencia de este ruín alimento; con el largo tiempo que llevaba de no gustar algo caliente, pues todo lo que comían amo y criado era fiambre; con el cansancio del ajetreo continuo y de las refriegas anteriores; y con el profundo ensimismamiento y áspera penitencia que á tantas fatigas puso por remate; nada de extrañar es que, al volver Sancho, le hallase, si no zoántropo rematado, *desnudo, en camisa, flaco, amarillo y muerto de hambre*, como los zoántropos mientras están haciendo vida montaraz y selvática; ni que luego, teniendo presente el miserable semblante de su amo, al darle mentirosa cuenta del recado á Dulcinea, hiciese esta descripción, tan fiel y expresiva como lastimosa. *Yo le dije de la manera que vuestra merced, por su servicio,*

---

*quedaba, haciendo penitencia, desnudo de la cintura arriba, metido entre estas sierras, como si fuera salvaje, durmiendo en el suelo, sin comer pan á manteles y sin peinarse la barba, llorando y maldiciendo su fortuna. No se borró pronto de su rostro ni aun de todo su cuerpo el estrago del estrambótico delirio, porque muchos días después el Ama le vió llegar á su casa, tál el triste, que no le conociera la madre que le parió; flaco, amarillo, los ojos hundidos en los últimos camaranchones del cerebro; es decir, tan caridoliente y desmazalado como llegan los zoántropos á los manicomios.*

---

## CAPÍTULO VIII.

¿TUVO DON QUIJOTE, EN EL CURSO DE SU LOCURA,  
ALGÚN ACCESO DE SONAMBULISMO?

Acaso habrá quien piense que la batalla de Don Quijote con los cueros de vino, en tiempo que traía, no entre manos, sino entre sesos, su expedición contra el gigante Pandafilando de la Fosca Vista, fué un acceso de *sonambulismo natural ó automático*, como así parece creerlo Hernández Morejón; pero yo no abundo en este sentir por las razones que expondré luego; cuanto más que, si bien dicho fenómeno, malamente calificado de neurosis por ciertos autores, sobreviene con alguna frecuencia, según parece, á hipocondriacos, histéricas, catalépticos, extáticos y otros enfermos semejantes, ó en tales y de la misma especie convierte á sanos, no puedo decir de mío que sea una complicación, siquiera extraordinaria y muy rara, de la locura, pues no he visto ningún ejemplar de ella, bien caracterizado y distinto.

*Tente, ladrón, malandrín, follón,* decía á voces Don Quijote, *que aquí te tengo, y no te ha de valer tu cimitarra;* y los que acudieron á él, llamados del gran ruido que se oía en el camaranchón de la venta donde estaba descansando, halláronle en camisa, con un bonetillo colorado en la cabeza, revuelta en el brazo izquierdo, á guisa de rodela, la manta de la cama, y en la mano derecha la espada, con la cual daba cuchilladas á todas partes, cerrados los ojos, diciendo palabras como si verdaderamente estuviese peleando con algún gigante.

Hasta aquí todo se ajusta bien á la tabla sintomática del sonambulismo natural, pues en los individuos que

lo tienen predomina, entre las irregularidades originadas de su anómalo sueño, una actividad excesiva ó extraordinaria del sentimiento del tacto, y una sobreexcitación nerviosa general. Así que, no sólo perciben los sonámbulos lo que está fuera de la potencia fisiológica del susodicho sentido, sino que con él suplen á los demás, particularmente al de la vista, ejecutando actos que sorprenden y no se explican, como andar de acá para allá sin perder el camino ni tropezar con obstáculos, hacer varias labores, leer, escribir; y aun es fama, y está puesto en letras de imprenta, que alguno, en medio del asombroso sueño, traducía del italiano al francés consultando el diccionario para los vocablos cuya correspondencia de una lengua á otra ignoraba; aunque tengo para mí, sin negar la realidad de ciertas rarezas del sonambulismo, que se cuentan de él estupendas fábulas, bien así como de muchas neuropatías extraordinarias y peregrinas. A impulso de la sobreexcitación nerviosa, discursan consigo mismos, mas no con los circunstantes, los sonámbulos, y de vez en cuando se exaltan, gritan y se enfurecen, á la manera de quien ve algún peligro, ó es perseguido de enemigos, ó los acosa; ni más ni menos que Don Quijote acometía y peleaba con Pandafileando, á voces, tajos y reveses.

Tampoco es, en rigor, incongruente con el sonambulismo automático el estado én que siguió un breve rato el Caballero, después que en su estancia entraron las personas de la venta; y, además, lo que con él hicieron para volverle en sí parece que iba directamente á despertar á un verdadero sonámbulo. No tenía Don Quijote los ojos abiertos, según el cronista, porque estaba durmiendo y soñando que batallaba con el gigante, y había dado tantas cuchilladas en los cueros, creyendo que en su enemigo las daba, que el vino corría por toda la estancia; de lo cual tomando grande enojo el ventero, arremetió al pobre durmiente, y á

puño cerrado le comenzó á dar tantos golpes, que si Cardenio y el Cura no se lo quitaran, él fuera quien acabara la guerra con el usurpador del reino Micomición; y como, á pesar de ello, no despertase el Andante, trajo el Barbero un gran caldero de agua fría del pozo, y se lo echó de golpe por todo el cuerpo; con lo cual despertó Don Quijote, mas no con tanto acuerdo, que echase de ver de la manera que estaba.

Lo que inmediatamente acaeció, fué ya decisivo. El Cura tenía de las manos al Caballero; quien creyendo haber acabado su hazaña y hallarse delante de la princesa Micomicona, hincóse de rodillas á los pies del sacerdote y le dijo: *Bien puede la vuestra grandeza, alta y fermosa señora, vivir, de hoy más, segura, sin que le pueda hacer mal esta mal nacida criatura; y yo también, de hoy más, soy quitto de la palabra que os dí, pues con ayuda del alto Dios, y con el favor de aquélla por quien yo vivo y respiro, tan bien la he cumplido.* Estas palabras ponen el hecho en su punto, desvaneciendo todo error, presunción ó duda, pues manifiestan claramente que Don Quijote conservaba bien la memoria del combate que había reñido durante el sueño; siendo así que los sonámbulos, con muy contadas excepciones, no se acuerdan de lo que han hecho ó les ha pasado en el suyo, por manera que de algunos, y más de algunas, se cuenta no tener conciencia de felonías que con ellos ó ellas se han cometido en su fatal desacuerdo. Todo por la inversa de lo que sucedió á Don Quijote, pues luego que con el desenlace del drama que representaron las dos trastocadas parejas de amantes, vió Sancho vuelta en Dorotea á Micomicona, y en don Fernando á Malambruno, entró afligido á su amo, que acaba de despertar, y le dijo: *Bien puede vuestra merced, señor Triste Figura, dormir todo lo que quisiere, sin cuidado de matar á ningún gigante ni de volver á la Princesa su reino; que ya todo está hecho y concluído;* razones á que dió el Caballero la asevera-

ción más concluyente para mi aserto: *Eso creo yo bien, porque he tenido con el gigante la más descomunal y desafortunada batalla que pienso tener en todos los días de mi vida; y de un revés, zas, le derribé la cabeza en el suelo, y fué tanta la sangre que le salió, que los arroyos corrían por la tierra como si fueran de agua.* Por otra parte, la historia acaba de declararlo refiriendo que fué tan intensa en el Caballero la imaginación de la aventura que iba á fenecer, que le hizo soñar había llegado ya al reino de Micomicón, y peleaba con su enemigo, el gigante; y no sin esfuerzo el Barbero, Cardenio y el Cura dieron con él en la cama, donde se quedó dormido, con muestras de grandísimo cansancio.

Es un hecho incontestable la representación fantástica en el sueño, más ó menos fiel ó transmutada, tranquila por lo común, congojosa y turbulenta á veces, de sucesos ó especies reales, por haber ocurrido ó suscitándose en la vigilia; ó ya enteramente imaginarios, irregulares ó extravagantes: y pocas serán las personas que no puedan advenirlo con el testimonio de la experiencia de sí mismas. Ensueño ordinario y fisiológico en lo esencial, bien que raro, arrebatado y frenopático por sus accidentes, en particular por la alucinación, fué el de Don Quijote: á él le predispuso la excitación nerviosa resultante de sus últimas fatigas y quebrantos, el hambre, el extraño y casi selvático delirio en Sierra Morena; y se lo determinó la exaltación psíquica en que le puso el loco anhelo de cumplir pronto el empeño de honra que contrajo con la princesa Micomicona, y que para sí lo era, además, de conquistar nueva gloria y renombre. Tal explicación dará cualquier alienista de este epifenómeno tan curioso como inopinado de la monomanía de nuestro héroe; pero dígame, en puridad, que ella no llevará ventaja á la de Cervantes: para que se vea cuán poco se mejora con el aderezo del tecnicismo la expresión de un concepto hecha por quien

á sus dotes de observador sagaz y discreto, y á una intuición excepcional, junta admirablemente la gracia de decir bien en la más lata acepción de esta frase.

Asimismo hubo de ser un ensueño, aunque de carácter distinto, lo que pasó á Don Quijote en la cueva de Montesinos; ensueño también de alucinaciones, pero tan agradables algunas, que dudo mucho, y ni por asomo lo pienso, que con una dosis fuerte de *dawamesc*, ni con una docena de cigarrillos de opio, si en su tiempo se hubiese conocido aquella confección árabe de *hachisch* \*, ó usado, como entre los turcos y chinos de hoy, el fumar el zumo concreto de la adormidera; dudo mucho, vuelvo á decir, que el amante caballero hubiese conciliado un sueño más delicioso que el que le saltó en aquella lóbrega hondura, que no pudo parecerle sino hecha un cielo, pues allí se halló en la mitad del

\* El *Hachisch*— nombre derivado, al parecer, de otro árabe que significa *hierba*,— dicho también *Esrar*, es con toda probabilidad el *Nepenthes* de Homero, y de cierto la *Cannabis indica* de Linneo. El principio activo de esta planta constituye la base de varias preparaciones que se usan en Egipto, Siria y generalmente en todos los países orientales. Entre ellas, las más comunes son un extracto grueso y un electuario, que los árabes llaman *Dawamesc*, y que lleva ventaja al otro; de donde su uso incomparablemente mayor. Al decir de los autores que han hecho estudios prácticos sobre el *hachisch*, tiene éste la propiedad de causar una especie de embriaguez, sin duda con su secuela de soñera, semejante á la del opio y de las bebidas alcohólicas; y, por lo mismo, agitación maniaca, con sensación de bienestar y alegría, é ilusiones varias, mayormente de la vista y del oído. De más á más su acción fisiológica raya en lo maravilloso, pues á la persona que la recibe se le aguza la vista intelectual, si vale decirlo así, y no como quiera, sino para lo agradable, risueño y embelesador; para que todo lo vea de color de rosa: relucientes las cosas oscuras; translúcidas las opacas; perspicua la intuición de lo recóndito; clara la inteligencia de lo enigmático; fáciles los proyectos dificultosos; realizado lo meramente concebido, y, por último, satisfechos los deseos y esperanzas— aquí del asombro — que alimentaba en el punto y hora que tragó el hechiceresco fármaco.— Véase á MOREAU (*de Tours*) *Du hachisch et de l'aliénation mentale: études psychologiques*, París, 1845; á BOUCHARDAT, *Manuel de matière médicale, de thérapeutique et de pharmacie*, París, 1873, etc.

---

más bello y ameno prado que pueda criar la naturaleza, ni imaginar la fantasía humana; y se le representó un magnífico alcázar de transparente cristal, y una procesión de hermosas doncellas con turbantes blancos; y le regaló los oídos el anuncio de tantas cosas como de él tenía profetizadas el sabio Merlín; y, demás de estas y otras infinitas maravillas, vieron sus ojos saltar y brincar por unos amenísimos campos á Dulcinea con dos compañeras, ó, cuando menos, á la persona en cuyo cuerpo feo y tosco de una villana de Sayago la bellaquería de Sancho quiso meter el alma delicada y sublime de la princesa del Toboso.

---

## CAPÍTULO IX.

## VIGILANCIA DEL DELIRIO.

Llamo yo *vigilancia del delirio* á la virtualidad constante de éste, ó á su propiedad de ser excitado siempre por una idea, sentimiento ó sensación, que tiene referencia con su tema. Raro es el loco que, en estado de completo sosiego ó cordura relativa, en la disposición de ánimo más placentera, en medio del mayor regocijo ó indiferencia, no dé claras muestras del trastorno de su entendimiento, y acaso éntre en agitación ó furor, si un recuerdo doloroso, una acción inconveniente, una palabra indiscreta, un simple gesto quizá viene de improviso á suscitar la especie ó especies del desvarío, reavivando conceptos ó sensaciones falsos que estaban como amortiguados. Esto, que acontece en varias locuras lúcidas, jamás falta en la monomanía ni en la manía hipocondriaca, y es uno de los principales caracteres de entrambas. La idea monomaniaca y la hipocondríca se asemejan á una parte del cuerpo cuya sensibilidad está extraordinariamente aumentada por algún mal, en que, nó el tocarla con suavidad, sino sólo la actitud de aproximar á ella la mano basta para causarle dolores vivísimos.

Nada, en efecto, más activo que la vigilancia del delirio del monómano. A ninguno como á los enfermos de esta clase cuadra el adagio de cada loco con su tema; porque casi es imposible aludir á ésta, de propósito ó por inadvertencia, directa ó indirectamente, aun en la conversación más ajena de ella, y que tal vez más les interesa y complace, sin que al punto recojan la palabra que con la materia del delirio se roza, y á buenas le pongan correctivo, ó á malas la rechacen con ade-

mán de sostener violentamente el contrarresto; dado que no cierren los oídos á toda satisfacción aclaratoria, ó no adelanten á todo temperamento discreto los raptos de su enojo ó de su cólera.

Hasta hay orates que de la mayor apatía y enajenación se remontan súbito á un sobrexceso de sensibilidad inteligente, aunque patológica, no bien se les mete el aguijón de alguna idea capaz de sollevantar las de su desvarío. Visitando á un enfermo de parálisis general, recluso en mi Manicomio, que acababa de padecer uno de los ataques de congestión encefálica propios de aquella especie de locura; y, pareciéndome haberse desvanecido bastante el letargo de que estuvo embargado por espacio de cuatro días; quise tentar si iba ya recordando su habitual lucidez relativa, y con este intento le herí en lo más vivo del delirio de riquezas, que por cierto era típico en él, diciéndole:—*¡Ea! ya sabemos que en vuestro pueblo pediais limosna.—¿Yo?* (respondió, con la instantaneidad que se inflama la carga al ser tocada de la chispa, echando fuego por los ojos y con una voz de trueno que retumbó en la sala, y hubo de oirse desde muy lejos) *¿yo?... ¡yo soy hijo del primer millonario del mundo!*

Embebecidos iban Don Quijote y Sancho en una plática, que al uno dió ocasión para fantasear sueltamente sobre el alto estado á que podía subir un caballero andante, por su nombre y fama adquiridos en alguna aventura, y que al otro hinchó de viento la cabeza hasta ponerle en el caso de pavonearse con un futuro título de conde y dictado de señoría; cuando vieron venir por el camino que llevaban hasta doce hombres á pie, ensartados como cuentas en una gran cadena de hierro por los cuellos, y todos con esposas á las manos. En el acto tuvieron el siguiente diálogo, empezándolo el escudero.—*Ésta es cadena de galeotes, gente forzada del Rey, que va á las galeras.—¿Cómo gente forzada? ¿es posible que el Rey haga fuerza á*